

De qué crisis hablamos en educación

Desde el inicio de la democracia en 1983 se diagnostica el estado de crisis de nuestro sistema educativo. A lo largo de todos estos años se han intentado cambios para superar este estado de crisis. Nada funcionó por mucho tiempo. Aún los cambios realizados en los años noventa si bien lograron implantarse duraron muy poco tiempo porque fueron cambiados al inicio de la etapa kirchnerista mediante la sustitución de la ley federal dictada en 1992 por la ley nacional del 2006, que repuso la organización previa del sistema.

A lo largo de este tiempo los fundamentos de la crisis han sido por lo menos tres. El primero de ellos fueron los contenidos, las prácticas y el sistema de inclusión oscurantista y autoritario. En un segundo momento fue su asimetría con las exigencias del mundo globalizado, y después del 2001 la necesidad de incluir a todos. En todos los casos existió un tema transversal que es la creciente desigualdad del sistema, que dio origen a varias investigaciones y, con ellas, a re-conceptualizaciones del fenómeno, entre los que podemos nombrar el concepto de segmentación y luego el de fragmentación y de segregación.

En la medida en que en ninguno de estos casos hemos avanzado para solucionar estos males, hoy el diagnóstico de crisis acumula todos los problemas mencionados. Esta acumulación de problemas educativos está acompañada por un deterioro de la situación social cuya manifestación más contundente es un porcentaje de más del 40% de la población que está, desde hace varias décadas, excluida del mercado formal de trabajo.

Las sociedades modernas organizan la vida de su población a partir de su inclusión en el mercado de trabajo. La rutina familiar desde los inicios del siglo pasado, en nuestro país, se construye a partir de la asistencia de los adultos al trabajo y de los menores a la escuela. Trabajo y escuela han sido y son para parte de la población un eficaz instrumento de regulación, no solo de los horarios, sino de la socialización y adquisición de las pautas de convivencia social.

Hoy un tercio de nuestros chicos vienen de familias que no están reguladas por el trabajo formal, por lo tanto sus vidas no están pautadas por horarios y tampoco por las reglas de convivencia que exige la participación en espacios de actividad común.

Las escuelas se encuentran que los chicos concurren salteado a clase, en horarios diversos, tienen dificultades para sostener la continuidad de su atención e incluso la posición de sentados en clase. Esta asistencia irregular a clase se combina con un alto ausentismo docente y ambas ausencias se potencian mutuamente.

La situación de desinstitucionalización no se limita a este fenómeno, ni tampoco a este sector social. Incluye una dificultad creciente de las escuelas para alfabetizar a sus alumnos. Un reciente informe de *Argentinos por la Educación* muestra que de acuerdo a los resultados de las pruebas ERCE (evaluación de logros de aprendizajes de alumnos de los sistemas educativos de América Latina y el Caribe, realizado por OREALC/UNESCO) entre el 2013 y el 2019, la Argentina decreció dos puntos porcentuales en el promedio de aprendizajes de lecto–escritura en tercer grado. El rendimiento de nuestros alumnos está a la altura de los países mas pobres de la región. No es nuestro propósito ahondar en esta información, pero sí marcar la creciente debilidad del sistema para cumplir su función distintiva que es la de transmitir los instrumentos básicos de la cultura.

Hay otros elementos que confluyen en la construcción del fenómeno del que hablamos. Uno es la devaluación social del valor de la escolarización. En los sectores medios y altos de la población los padres toman decisiones respecto a viajes o salidas familiares sin considerar los tiempos de escolarización de sus hijos.

Por último, aunque seguramente más de un lector tendrá otros elementos a considerar, hay un permanente cambio con respecto a las exigencias que requiere la aprobación de un curso educativo y la continuidad de las trayectorias de los chicos. Las instituciones se han transformado en un espacio en permanente reorganización de tareas y tiempo para dar lugar a las múltiples alternativas construidas para evitar la repitencia, la caída de los alumnos, la falta de aprendizajes, el vaciamiento que genera el ausentismo, etc.

Se están perdiendo los atributos básicos de una institución, su función específica, la dilución de sus reglas, los procedimientos utilizados para funcionar, su presencia y valoración social.

Estamos muy atrás y hay mucho camino por transitar.